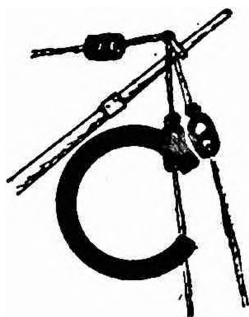


LO QUE DIJO EL RELOJ QUE MARCA LA HORA DEL SACRIFICIO

Por
Antonio BORQUEZ Solar



INCO AÑOS después del 21 de mayo de 1879, fue extraído del fondo del mar el reloj de bitácora de la "Esmeralda". Marcaba las 12 horas 10 m. P.M. la misma hora en que, según el parte oficial del almirante Grau, se hundió bajo el asombro del sol, ese buque heroico (1)

Una noche, no la olvidaré jamás, oí yo su historia a este prodigioso reloj.

Era cabalmente la medianoche de la víspera del 21 de mayo. Contemplaba yo absorto esta reliquia conmovido muy hondamente por mil encontrados sentimientos de admiración, de ambición de gloria, de orgullo patriótico. De pronto oí que dentro de él se agitaban, se movían sus piezas como un rechinamiento al principio, con más vibrante sonido después, hasta convertirse éste en una clara voz humana, grave, honda.

—“ Muchachos, la contienda es desigual, pero como sabéis, nuestro pabellón nunca ha sido arriado ante el enemigo, y espero que ésta no sea la ocasión de hacerlo. Mientras yo viva, os aseguro que esa bandera flameará en su lugar; y si muero, mis oficiales sabrán cumplir con su deber” .

Hizo el reloj una larga pausa como si meditara, y continuó :

“ Nuestro pabellón nunca ha sido arriado ante el enemigo” ... ¡Qué varonilmente hermoso estaba aquel valiente, al hacer este programa de gloria! Así contestaba el saludo que con un proyectil de 300 libras le hacía el “ Huáscar” .

Mientras hablaba con tanta serenidad, sin que se notara ni un asomo de temblor en su voz, las viejas calderas de la “ Esmeralda” resoplaban, jadeaban, las viejas calderas que ya habían sido parchadas setenta veces. La tripulación escuchaba fija, inmóvil, sin pestañear, como una fila de estatuas.

(1) El reloj que se sacó del mar en esa fecha era el de la cámara de oficiales y marcaba las 12 h. 8 m. Dos minutos más tarde el buque desapareció completamente bajo el agua.

"Mientras yo viva, os aseguro que esta bandera flameará en su lugar" ... Y el joven capitán fijaba su brilladora vista, amorosamente, en el tricolor que flameaba con tranquilidad en el tope, en su puesto de honor. En su campo azul florecía, se abría como una pupila gozosa la blanca estrella de la Patria, dulcemente, al áureo beso del sol.

Cuando terminó su arenga, sobre ese viva entusiasta de la tripulación como por sobre un escabel, vi que se abrazaban la Gloria y la Muerte. Juro que ésta no inspiraba horror, porque era atrayente en su melancolía y con su amplia y vistosa túnica de púrpura.

Yo mismo me sentí estremecido de patriótico anhelo al escuchar el grito con que 255 hombres con sus oficiales, al principiar el combate, llamaban a la inmortalidad. Hubiera saltado de mi sitio si no hubiera reflexionado que tenía también que cumplir con mi deber ahí.

(2)

Después toda la grandeza dolorosa del sacrificio heroico: lá "Covadonga" pegada a los rompientes de la isla, burlada la saña de la "Independencia", pero sangrando por banda y banda. Sabíamos que su joven comandante, Condell, moriría con honor, y todos los suyos; pero nunca pensamos que pudiera tornarse en vencedor y obligar al gigante a arriar su bandera.

"En mi buque el horror crecía por momentos, entre el cañoneo del "monitor" y el de tierra. Mas, también el heroísmo redoblaba". Con sus calderas rotas, con la cubierta sembrada de destrozos, bañada en sangre, con heridos y sangrientos despojos humanos, como por un milagro se sostenía la "Esmeralda" con el enorme boquete que a un metro apenas de la línea de flotación le había hecho una bala de 300, la maldita que destrozó el camarote del oficial del detall, parte de la cámara y produjo un incendio que costó bastante apagarlo. Y, entretanto, con una imponente tranquilidad, sin que le temblara un músculo, el capitán Prat se paseaba en la toldilla. Iban tres horas de combate y nadie demostraba ni temor ni fatiga. Todos sabían que el deber era morir nobiemente y se caía para nunca más levantarse; pero con un hermoso gesto, con una altivez magnífica...

Nueva pausa del reloj. Por la abierta ventana yo miraba los cerros del puerto, festoneados de luces dispuestas como en semicírculo ascendente. Abajo el mar se golpeaba sordamente contra los peñascos de la playa. La voz misteriosa prosiguió :

—Ahora mismo me parece que estoy viendo, tal como hace cinco años, aquella escena grandiosa, antes no vista; jamás superada. Primero sentí el avance de la enorme masa de fierro del "Huáscar", el rumor de las aguas que borboteaban y se replegaban al paso de la mole que se venía encima de la vieja corbeta a partir-la con el espolón; en seguida con un formidable estrépito, al recibir el espantoso choque, sentí que la "Esmeralda" se recostó sobre estribor, y vi al capitán Prat saltar al abordaje del "Huáscar", él sólo seguido de Aldea, avanzar sobre la cubierta enemiga, hacia la popa del buque, con la espada en alto, erguida la cabeza, hasta que cayó al lado de la torre, herido de balas peruanas.

Y siguió el combate con más ensañamiento el blindado enemigo; con más heroísmo en la "Esmeralda", que comenzaba a hundirse: la santabárbara estaba inundada, las máquinas no podían funcionar; la pólvora y balas agotadas, la cubierta llena de cadáveres y en medio de este horror más grande era el valor, más aumentaba el entusiasmo de los héroes. Los casi inutilizados cañones se disparaban a largo de brague-ro. Yo sentía como iba hundiéndose el buque, mientras el cabo Crispín Reyes, desde el alcázar, tocaba a degüello incansablemente, hasta el tercer espolonazo. Saludada por el cañón de Riquelme se hundía la épica corbeta con imponente majestad delante de la muda admiración de los cielos, de la tierra y del mar.

Eran las 12 h. 10 m.

Me hundí yo, el reloj de bitácora, y me fijé en esa hora gloriosa para no señalar otra nunca más; la hora del cénit, desde donde brilla e irradia más intensamente el sol... El cénit de la gloria alcanzó ese día a la "Esmeralda". Y siempre mis manecillas señalarán este momento cenital, para que siempre esté a la vista de todos los chilenos, para recordarles siempre que su deber es el glorioso sacrificio, la muerte gloriosa por la patria.

(2) En la "Esmeralda" al comienzo del combate hab a solo 198 hombres.

Cinco años en el fondo del mar, en el más religioso silencio. Y tantos años aquí en medio del más irritante olvido e indiferencia, no se ha apartado de mí aquella visión legendaria. Hoy es el aniversario de la soberana epopeya. Pues hoy en la rada de Iquique se renovará el prodigio, el de otro 21 de mayo; la "Esmeralda" se alzará sobre el mar, luciente, poderosa, como recién salida de unos maravillosos astilleros, toda empavesada como si fuera a una gran revista de buques heroicos, con su brillante tripulación, Prat al frente de ella y señalando el tricolor que no se ha arriado, ni se arriará jamás. Ojos humanos no contemplarán acaso esta resurrección; pero yo sí, inundada de regocijo mi yerta maquinaria.

No de regocijo..., de pena, porque ¿quién se acordará que fui mudo testigo de esa gran gloria? ¡Ah! , ya nadie se acuerda de las insignias reliquias del 21 de mayo* Los grandes nos han olvidado; los nietos de los héroes no conocen su herencia envidiable, esos nietos que debieran para aprender su lengua materna, balbucir en la cuna las glorias históricas.

Ahí están las santas reliquias que hablan al corazón en el Museo Militar. ¿Quién va a oírlas en su lengua inaudita y conmovedora siquiera una vez al año? Los mentores de la niñez y de la juventud son ahora ingratos y descastados ... Y ahí están tantos objetos familia-

res y guerreros de los héroes, sus trajes., la cruz de madera que tenía la sepultura de Prat en Iquique, hasta que fueron repatriados sus restos a la cripta de Valparaíso, la cruz del teniente Serrano, un hueso del muslo de un tripulante de la "Esmeralda", sacado del fondo del mar, una carta del sargento Aldea, el palo de mesana de la "Esmeralda", el que llevaba al hundirse la bandera al tope, un velador hecho con madera del ataúd de Aldea, balas, fusiles, utensilios de porcelana, cien cosas conmovedoras y santas.

¡Ah! , si yo pudiera gritarles hoy a los niños y a los grandes: id a recordar ahí que tenéis sangre de héroes : id a avivar vuestro patriotismo dormido. Tenéis una herencia de gloria que respetar y que acrecentar. Así solamente podréis ser dignos de ella. Y, después, mirad al norte y poned atento el oído : se forman los escuadrones del desquite contra nosotros, abren sus fauces los cañones cargados de metralla, se oye el chis—chás de los sables que ensayan el golpe de muerte y el gluglutear de las bayonetas en los molejones... ¡Ay de los vencidos! ¿Será menester que los muertos resuciten a recordarnos vuestro deber?...

Reproducido de "El Tarapaca de Iquique, del 21 de mayo de 1927"

